

YOKO OGAWA

La piscina



LA PISCINA

los **INTE
MPEST
IVOS**

YOKO OGAWA

La piscina

TRADUCCIÓN DE HÉCTOR JIMÉNEZ FERRER



Primera edición: abril de 2012

Título original: *Daibingu pūru* (1990)

© Yoko Ogawa, 1990, 2012

*Edición original japonesa publicada dentro de Samenai Koucha
por Fukutake Shoten Co, Ltd..*

*Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa a través del Japan
Foreign Rights Center y Ute Körner Literary Agent, S. L. www.uklitag.com*

© de la traducción: Héctor Jiménez Ferrer, 2012

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2012
c/Alberto Aguilera, 8. 28015 Madrid

www.funambulista.net

BIC: FA

ISBN: 978-84-939855-6-1

Depósito legal: M-15880-2012

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

© de la foto de cubierta: *Piscina olímpica de Kirchberg*, 2012, JML

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La piscina

Siempre hace calor aquí. Me siento como si me hubiese engullido un animal gigantesco. Tras estar un rato sentada, el pelo, las pestañas y la blusa del uniforme de la escuela se empapan al contacto con el aire caliente. Me hallo envuelta por una humedad menos densa que el sudor y con un leve olor a cresol.

Bajo mis pies, pequeñas olas oscilan en la clara superficie azul del agua. Aunque intento ver el fondo, las diminutas burbujas que surgen incesantemente perturban la visión. El techo es acristalado y está muy alto. Estoy sentada en

medio de las gradas, como si flotara por encima del agua.

Jun camina sobre la palanca de diez metros. Lleva el bañador rojo oscuro que ayer estaba tendido bajo el alero de la ventana de su habitación. Al llegar al extremo de la plataforma, vuelve la espalda al agua y junta los talones. Todos los músculos de su cuerpo se tensan como si contuviera el aliento. De todas las partes de su cuerpo, la que más me gusta, en ese preciso instante, es la línea que va desde los músculos de los tobillos hasta los de los muslos. Es frío y elegante como una estatua de bronce.

A veces, me gustaría saber por qué me siento tan feliz cuando lo observo, durante esos segundos que transcurren desde que levanta las manos para agarrar un punto en el aire hasta que desaparece en el agua. Pero no soy capaz de entenderlo. Quizás sea porque cae en un valle

donde el tiempo es tan silencioso que no se oyen las palabras. Murmuro:

—Salto mortal encogido, con dos giros y medio.

Ha fallado. El pecho, al chocar contra la superficie del agua, produce un fuerte sonido. Estallan multitud de salpicaduras blancas.

Me siento bien tanto si falla el salto como si lo ejecuta sin salpicar. Por eso nunca rezo para que salte bien ni doy palmadas de alegría si lo consigue, pero tampoco me desanimo si falla. El cuerpo de Jun, elástico y elegante, atraviesa la fina capa de esos sentimientos infantiles y penetra hasta lo más profundo de mi ser.

Cuando su cuerpo vuelve a aparecer entre las burbujas, la superficie oscilante calca la silueta de sus hombros y se eleva como un velo. Él nada despacio hacia el bordillo sin quitarse el velo. La brazada es amplia y precisa.

He visto imágenes de una cámara submarina instalada dentro de la piscina en la retransmisión de alguna competición de saltos de trampolín. Los saltadores que entran rompiendo la superficie llegan hasta el fondo de la piscina con el impulso del salto. La piscina está saturada de un color azul transparente. Los saltadores, cuando llegan al fondo, cambian su postura encorvada y patean el suelo para tomar impulso hacia la superficie. Esta imagen es mucho más bella que el propio salto. Las palmas que apartan el agua y el movimiento de los tobillos resultan elásticos. El cuerpo entero está completamente envuelto por la pureza del agua. El cabello de los saltadores se mueve como al viento. Todos tienen una expresión apacible, como si respiraran profundamente.

Los saltadores se van tirando uno tras otro, y pasan frente a la cámara submarina con su hermosa forma aerodinámica. Me gustaría contemplar

su figura dentro del agua durante más tiempo, pero sus caras asoman tranquilas en la superficie al cabo de dos o tres segundos. Estos cuerpos me recuerdan que todos los seres humanos vivimos dentro del líquido amniótico antes de nacer.

¿Moverá Jun libremente los músculos como lo hace un feto en el vientre materno? Me encantaría observar su cuerpo totalmente libre de tensión tanto tiempo como quisiera. Me sentiría aún mejor.

Hace tiempo que voy a las gradas que dan a la piscina de saltos. Estuve aquí ayer, anteayer, y hace tres meses. No acabo de entender qué estoy haciendo. No espero nada. Simplemente, contemplo el cuerpo mojado de Jun.

Llevamos más de diez años viviendo bajo el mismo techo y vamos a la misma escuela. Varias veces al día estamos tan cerca que podemos tocarnos el hombro e intercambiamos algunas palabras, pero cuando estamos en la

piscina es cuando lo siento más cercano. Desprotegido, sólo con su bañador, se tira al agua, se transforma al extender su cuerpo, al hacer una carpa o al encogerse. Me siento en las gradas con la falda bien planchada y la blusa recién lavada, y me pongo la cartera a los pies. Mis manos no podrían alcanzarlo aunque lo intentara.

Éste es un lugar especial para mí. Es mi torre de vigilancia, desde donde puedo observar a mi Jun. Él me atraviesa, recta y limpiamente, sin apartarse un ápice de sus límites.

Cuando paso por el barrio comercial delante de la estación y entro en el primer callejón, en dirección sur desde la carretera nacional, a lo largo de la vía férrea, los rumores de las voces de la gente empiezan a alejarse. A esta hora, en el mes de mayo, cuando vuelvo de la piscina y

me bajo en esta estación, aún puede verse la luz del día.

Después de pasar delante de un parque que sólo tiene un arenero y una fuente, un edificio de viviendas para empleados solteros y una clínica de maternidad vacía, me encuentro con viviendas ordinarias. Camino veinticinco minutos sin dejar esta calle hasta llegar a casa. A medida que van desapareciendo las figuras humanas que venían acompañándome desde la salida de la estación, la oscuridad se va tragando rápidamente la escasa luz del día. Al final suelo quedarme sola.

Atravieso un paraje de setos bajos, hay un bosquecillo, y a continuación un muro con bloques de cemento medio cubierto por una hiedra. La parte que no está cubierta por la hiedra está decolorada y es de color musgo, como si la planta hubiese asimilado el muro. La puerta está completamente abierta, sujeta por una cadena oxidada para que no se cierre.

Nunca la he visto cerrada. Esta puerta está siempre abierta de par en par para recibir a todo tipo de personas con dificultades y dolores que vienen en busca del Salvador. Aquí no se rechaza a nadie, ni siquiera a mí.

Al lado de la puerta hay un tablón de anuncios cubierto con un vidrio y con una lámpara fluorescente encima. «La enseñanza de la semana: Amar al prójimo y amarte a ti mismo. Tanto el vecino como nosotros somos iguales. En este mundo no hay extraños». Los sábados por la tarde, mi padre frota la barra de tinta china mientras hojea el libro sagrado, y escribe estas «enseñanzas de la semana». La caja de la barra de tinta china está muy impregnada del olor de la tinta y parece muy gastada. Él echa agua en la plancha de piedra, coge la barra de tinta verticalmente, la remueve sin hacer ruido y moja el pincel en la tinta ya mezclada. Cada movimiento es tan pausado y sosegado que parece un ritual.

Siempre paso delante de su habitación con sigilo para no perturbar tanta solemnidad.

Algunos de los insectos que revoloteaban alrededor de la lámpara fluorescente andan entre las letras de mi padre.

No sé cuándo se ha hecho noche. Parece que lo que se encuentra al otro lado de la puerta está envuelto por una oscuridad más profunda que la que hay afuera. Es porque en este lugar la espesura de las plantas es tan densa que se hace asfixiante. A lo largo del muro, los árboles de hoja perenne y caduca se entremezclan sin coherencia. Las ramas demasiado crecidas se enredan a su antojo. El jardín delantero también está tan descuidado y tan cubierto de verde que no se distingue si hay flores o son sólo malas hierbas.

Entre esta vegetación, las siluetas de las copas de dos grandes ginkgos destacan contra el cielo nocturno. Cada otoño, los niños recogen los frutos del ginkgo con guantes de trabajo.

Cuando Jun, que es el mayor de todos, sacude los árboles, subido a horcajadas sobre una rama grande, las drupas de ginkgo caen junto con las hojas secas y amarillas. Los niños corretean exaltados. Cada vez que paso junto a estos árboles, recuerdo la carne de los frutos pegada a las suelas de las zapatillas de los niños como una oruga aplastada, y el olor intenso que despide.

A la izquierda de los ginkgos está la iglesia, y al fondo, en diagonal, al final de una galería, está el Hogar Hikari.¹ Ésta es mi casa.

La humedad limpia y de color azul pálido que he ido absorbiendo en las gradas de la piscina ya se ha secado completamente, y tengo la sensación de que mis sentimientos también se secan. Siempre lo mismo. Nunca puedo hacer como las demás niñas. Leer «la enseñanza de la semana», atravesar la puerta desprotegida, abrir la puerta del Hogar Hikari mientras recuerdo el olor del

1. Hogar o Casa Hikari: «hikari» significa «luz».

ginkgo, son cosas que hago sin pensar. Pero algo se traba en mi seco corazón. Algo que no está en su sitio.

El paisaje del Hogar Hikari cubierto de verde es sólido y bien real y, sin embargo, yo me siento a veces como algo difuminado. O, por el contrario, siento que estoy tan sensible que casi todo me duele, y el paisaje queda desdibujado hasta el infinito. De cualquier manera, siempre existe una distorsión infranqueable entre el Hogar Hikari y yo. Siento que esto se me clava en el pecho y me asfixia.

Mientras, pienso que ésta es mi casa y que aquí tengo a Jun y a mi familia; cruzo la barrera verde y abro la puerta del Hogar Hikari.

Si ordeno mis viejos recuerdos por orden cronológico, me doy cuenta de que el primero de todos queda grabado en un estrato más profundo.